

ANDREA LONGARELA

NEÏRA

*Siete citas para  
Valentina*



**Andrea Longarela**  
Siete citas para Valentina

Esencia/Planeta



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Andrea Longarela, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020, 2021

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)  
[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio de 2021

Depósito legal: B. 9.360-2021

ISBN: 978-84-08-24444-8

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

# I

## La primera cita

## Mi versión moderna de Grace Kelly tiene el corazón magullado y las caderas intactas

Es una bonita noche de finales de junio. Hace calor, aunque no el suficiente para que resulte molesto. Llevo un vestido precioso de color azul, casi negro, con sandalias a juego y el pelo recogido en un moño desenfadado. Los labios, pintados de rosa. Mi mejor perfume baña mi piel en los puntos estratégicos. Hasta estoy un poco bronceada por las horas muertas hablando por teléfono con mi mejor amiga, Brenda, con las piernas colgando al sol en el pequeño balcón de mi sala de estar.

Me acompañan las circunstancias idóneas para disfrutar de una primera cita perfecta.

Pese a todo, ¿a quién pretendo engañar?, estoy histérica y tengo la constante sensación de que voy directa a un matadero. Nunca he tenido una cita a ciegas. No me gustan las sorpresas, ni los sobresaltos, ni los giros inesperados que otros defienden que dan alegría a la vida. No estoy hecha para las emociones fuertes y no creo que haya nada de malo en reconocerlo. Soy feliz

con mi vida tranquila y anodina; o lo era, hasta que se hizo pedazos.

«Valentina, tenemos que hablar.»

Una sola frase y, ¡boom!, todo se desvaneció. El poder de las palabras es inmenso, porque aquella simple petición encerraba una historia de amor con fecha de caducidad, una despedida y un final sin posibilidad de ser un punto y aparte. Un dolor que ha pasado a formar parte de mí igual que lo son las pecas de mi nariz, mis largas pestañas o mi timidez natural.

Cojo aire y continúo caminando calle abajo. No tengo ni idea de qué me voy a encontrar. Tampoco sé si sabré desenvolverme con la suficiente soltura como para resultar una persona de entrada interesante. Posiblemente la respuesta sea «no». Me conozco lo bastante bien para saber que soy mucho más atractiva en las distancias cortas, cuando la confianza ya se ha asentado y me siento segura. Estoy acostumbrada a dar una primera impresión insípida, a ser una eterna segundona que saca a relucir sus encantos cuando los protagonistas ya han brillado lo suficiente para que los demás nos acostumbremos a su luz. ¿Le has colgado alguna vez a alguien la etiqueta, un tanto despectiva, de «la amiga simpática»? Esa soy yo. Brenda es la que deslumbra al entrar en una sala llena de gente, con su melena de sirena, su sonrisa de anuncio de dentífrico y su cuerpo de diosa griega. Brenda siempre es la primera elección, la que está acostumbrada a conocer a hombres nuevos cada día de los que luego olvida su nombre con la misma rapidez y la que se apunta a cualquier actividad que suponga probar una nueva experiencia. ¿Un programa de citas exprés de siete minutos cada una? Su nombre aparece el primero de la lista. ¿Un restaurante en el que

se come a oscuras sobre el cuerpo desnudo de algún estudiante que necesita ese trabajo humillante para pagarse la carrera? Su tenedor es el primero que busca algo que llevarse a la boca. ¿Un *reality show* en el que desconocidos tientan a parejas a cometer una infidelidad para gusto de la audiencia? Sería capaz de hacerlo gratis.

Esa es Brenda. Pero yo no. Yo siempre he sido la que se atiborra de palomitas en el sofá de su casa viendo la televisión mientras critica cualquiera de esas prácticas. Y no la envidia, no me malinterpretes, me encuentro cómoda en mi papel y lo disfruto a mi manera.

Entonces ¿qué estoy haciendo camino de una cita con un hombre que se llama Esteban? Eso mismo me pregunto yo. Si medito sobre ello, llego a la conclusión de que la decisión ha sido una mezcla de muchos factores. Por un lado, el orgullo. El maldito orgullo, que siempre nos lleva a hacer cosas impensables. Por otro, la necesidad de sentirme de nuevo una mujer deseada y capaz de seguir con mi vida, aunque esta sea un completo desastre desde que él ha decidido, sin contar conmigo, que así sea.

Ya ha pasado un año, trece meses para ser exacta, y no puedo permitir que el duelo se alargue tanto como para perderme del todo dentro de la burbuja de lamentos y autocompasión en la que me he mecido cómodamente hasta ahora.

Es el momento de tomar las riendas. De volver a encontrarme. De demostrarme que la vida no solo es para los temerarios, impulsivos y valientes, sino también para los cobardes que lo intentamos aunque nos cueste un mundo sacar la cabeza de la cueva y nuestros esfuerzos suelen acabar en fracaso.

Continúo caminando hacia el restaurante en el que Esteban me ha citado mientras intento respirar con normalidad. Saco un clínex del bolso y me seco el sudor que siempre me sale en la parte superior del labio cuando los nervios no me dan tregua.

Al instante, mi inquietud crece, porque ¿y si el amor de mi vida, futuro padre de mis hijos y el hombre con el que voy a envejecer está esperándome al otro lado de esa puerta? No puede verme con esa zona de mi cuerpo brillando como una bombilla. No puedo permitirme que ese sea el primer recuerdo que tenga de mí.

—*Valentina, cariño, la primera vez que te vi me enamoré de esa luz que desprendían tus labios.*

—*Era sudor.*

—*No importa. Te quiero, incluso cuando te suda el bigote.*

Siento un escalofrío ante ese recuerdo humillante, pese a ser inventado. No, no es romántico. Es penoso. Y yo ya he tenido bastante pena en mi vida como para sumarle más. Necesito un principio de los que hacen suspirar cuando la pregunta de «¿cómo os conocisteis?» sale a relucir en una cena. Todo el mundo cuenta siempre una anécdota digna de un telefilme hortera y manido, y yo también quiero la mía. La tuve una vez y deseo otra a la altura. Tengo todo el derecho a poder responder que me choqué con él en el pasillo de los cereales en un supermercado o que cogimos el mismo libro a la vez en una estantería de la biblioteca, nuestros dedos se rozaron y saltaron chispas. Fue un flechazo. Amor a primera vista. Y, después, a disfrutar de los susurros de envidia.

Me doy toquitos en la parte superior del labio para secarlo antes de abrir la puerta y sonreír con una



seguridad fingida. De hecho, la palabra *seguridad* jamás ha ido conmigo. Suelo ponerme nerviosa jugando al Monopoly, y siempre dudo cuando me toca elegir entre patatas o ensalada en la cola de la cafetería del colegio en el que trabajo. Solo cuando la cocinera me mira de malos modos y golpea la cuchara de servir contra las bandejas metálicas con impaciencia, escojo una de las dos opciones, que normalmente es lo que no me apetece ese día, como un castigo del karma por ser tan indecisa. Con esos antecedentes, ¿cómo voy a ser capaz de convencer a nadie para que colabore en mi concienzudo —y un tanto estúpido— plan? Es una tontería. Estoy destinada al fracaso. Lo de enamorarme es un objetivo secundario; no estaría mal, pero, siendo honesta conmigo misma, aún no estoy preparada. Mi corazón todavía late con fuerza cuando oigo su nombre; lo echo de menos y es un asco. El desamor lo es.

Sin embargo, preparada o no, aquí estoy. Mis piernas parecen de gelatina cuando entro en el restaurante en el que me espera el primer hombre que rompe la tranquila soledad de mis días. Suena a frase de bolero, pero es una descripción bastante acertada de quién soy yo en estos momentos, porque mi vida ha pasado de irradiar color a adquirir un tono gris apagado y triste.

¿Los motivos? Pablo me ha dejado. Pablo abrió los ojos una mañana y decidió que lo nuestro había acabado. Sin grandes dramas. Sin rencores. Con una madurez aplastante. Sin obstáculos insalvables ni culpas que echar en cara a las que agarrarme para comprender por qué ya no me quiere. Aunque debo confesar que eso no es del todo cierto, porque el amor no ha faltado entre nosotros ni siquiera ahora que ya no estamos juntos y él duerme con otra, solo que ese sentimiento no es igual

para ambos. Yo lo amo como la protagonista de una novela victoriana que se ruboriza cuando le rozan la mano y él..., bueno, Pablo me quiere como se quiere a esa amiga con la que te tomas unas copas, recuerdas viejos tiempos y le pides algún favor al que no puedes negarte porque eres una buena persona y él también, lo que hace que olvidarlo sea una tortura.

«Tienes que venir a mi boda, Valentina. Eres demasiado importante para mí. No sería el día más feliz de mi vida si tú no estás.»

Siempre que recuerdo ese momento la boca me sabe amarga y me entran sudores fríos. Me había llamado por teléfono y estaba tan exultante por verme cuanto antes que me hice ilusiones como una principiante en esto de las rupturas. Me puse mi vestido favorito, el amarillo con pequeñas florecillas que llevé en nuestra primera cita, y pedaleé en mi bicicleta, sintiendo la brisa que hacía ondear mi pelo suelto y las ganas escapándose por cada poro de mi piel, hasta el mismo banco en el que nos encontrábamos todas las tardes cuando ambos salíamos de trabajar. Estaba a medio camino de mi colegio y de su oficina y me pareció una señal preciosa, el lugar ideal para marcar un nuevo comienzo en nuestra historia. Era tan parte de nosotros que no podría haber sido de otra manera. Lo saludé con una sonrisa inmensa y entonces... entonces Pablo me la borró con solo cinco palabras.

«Adela ha dicho que sí.»

Conciso. Sin tener que concretar a qué pregunta se refería, ya que era tan obvia que hasta me daba vergüenza dudar. Yo me había puesto mi vestido favorito para impresionarlo y él se casaba con otra.

¿Y nuestro banco? Nuestro banco pasó a ser solo

un trozo de madera decorado con palabras malsonantes, dibujos fálicos y chicles pegados.

No lloré, aunque estuve a punto. Supongo que una cosa era que se hubiera echado novia solo dos meses después de nuestra separación y otra muy distinta, que la quisiera como para casarse con ella, ya que durante los tres años que pasamos juntos no nos lo planteamos ni una sola vez. ¿Qué necesidad había? Estábamos bien. La vida era bonita. O quizá no, visto lo visto y teniendo en cuenta que ahora estoy soltera y vuelvo a zambullirme en el mercado de las citas.

Puto Pablo. Saco una moneda de la cartera y la aparto para, al llegar a casa, echarla en el Tarro de las Palabras Feas. Debería odiarlo, en el fondo de mi corazón sé que es lo más sensato, pero el problema radica en que es un ser adorable. Un tierno peluche con poca maldad y un encanto natural que hace que sea un pecado pensar siquiera en despreciarlo. De verdad. Tuve la suerte de toparme con un hombre bueno, generoso, honesto, fiel y que, además, se sentía atraído por mí y mis rarezas. Me tocó la lotería condensada en un cuerpo de metro setenta y cuatro de ojos miel y pelo castaño que se riza cuando llueve.

Por eso, tampoco puedo culparlo de que me encuentre camino de una cita con un hombre con el que únicamente he hablado por teléfono unos minutos.

Por esta razón, en mi cabeza solo aparece el rostro de un culpable.

Diego.

Él ha sido el que me ha empujado a buscar pareja. Vale, en un principio la idea había sido mía, pero si no me hubiera seguido la corriente, jamás la habría llevado a cabo. Me conozco bien como para saber que, si me

dan alas, me veo volando muy lejos, aunque después mis energías se queden en el suelo. Soy demasiado fantasiosa para mi propio bien, así que tiendo a imaginar todas las posibilidades que acaban con un final feliz de cuento, aunque este solo suceda en mi mente.

No obstante, por primera vez en mi vida, me he lanzado. Supongo que su ilusión contagiosa por echarme una mano con la búsqueda de pretendientes ha jugado a su favor y muy poco en el mío.

Todo había empezado con Brenda diciendo con solemnidad lo que, entre tanto drama porque Pablo se casara con otra, no se me había pasado por la cabeza:

«No puedes presentarte en la boda de tu ex sola, Valentina.»

¿No puedo? ¿Y por qué no? ¿Quién dicta las normas de las relaciones que no salen bien pero que se mantienen amistosamente? ¿Acaso existe un decálogo sobre cómo afrontar una amistad tras una ruptura sin morir de pena en el intento? De ser así, debería enmarcarlo en la nevera para leerlo cada día mientras desayuno; tal vez, de ese modo logre interiorizarlo y pueda continuar con mi vida sin sentir que tengo un agujero en medio del pecho.

A partir de ahí, comencé a obsesionarme con el tema y acabé aceptando que el consejo de Brenda no admitía réplica. No podía ir sola. La simple idea de estar rodeada de sus seres queridos, que hasta hacía cuatro días habían sido los míos, y de que me mirasen con lástima cuando él y Adela se prometieran eso de «hasta que la muerte nos separe» me resultaba demasiado humillante. El agujero de mi pecho se convertía en un cráter cuando me imaginaba a mí misma sola en un banco de la iglesia, con un precioso vestido de gasa color azul,

con los ojos anegados en lágrimas y el corazón hecho pedazos, mientras ellos se daban un beso para sellar un pacto de compromiso eterno.

Ahora, a dos meses del enlace, sigo convencida de que la única salida para mí es encontrar una pareja para ese día. Quizá la encuentre hoy. Tal vez esta noche conozca al hombre que borre de un plumazo la pena que Pablo me ha dejado.

Repaso el interior del restaurante con la mirada hasta que me encuentro con la sonrisa amable del *maître*.

—Buenas noches, señorita. ¿Me permite su abrigo?

Se lo doy, acompañado de una risita ridícula, porque los modales excesivos siempre me han provocado cierto pudor. Con este precioso vestido y a punto de cenar en un ambiente tan lujoso, me siento una mujer de negocios dispuesta a cerrar un trato multimillonario en una mesa rodeada de hombres trajeados que me observan con admiración. Con todo, mi imaginación siempre ha sido mucho más atrevida que mi vida, y yo solo soy Valentina Mieses, una maestra de educación primaria que ha tenido la suerte de que su cita a ciegas la invitara a cenar en un restaurante que sale en las revistas y que no podría permitirse ni en mil vidas. No me siento muy bien al respecto, pero, de repente, espero que él pague la cena. Al fin y al cabo, me habría parecido perfecto vernos en una hamburguesería cualquiera, pero Esteban ha insistido en que la comida de aquí es realmente buena y a mí me gusta comer en un sitio bonito. Qué le vamos a hacer. Mis ojos se nublan ante el lujo más de lo que me gustaría admitir, y hace tanto tiempo que no tengo una cita que la emoción respondió por mí antes que mi cabeza. No he llegado a la mesa cuando mi mente vuelve a hacer de las suyas y me veo lavando

la exquisita vajilla de bordes dorados para poder pagar mi parte de la cuenta. En el acto, pienso en Diego y lo odio por haberme apoyado en la ridícula idea de conocer a alguien antes de la condenada boda.

«Yo me ocupo, Valentina.»

«Conozco a muchos hombres interesantes, Valentina.»

«La mayoría estarían encantados de dejarse engatusar por esa sonrisilla dulce y acompañarte a la boda de Pablo, Valentina.»

Igual *encantados* no es la palabra más adecuada; quizá Diego conozca a un montón de hombres con el corazón roto como yo y desesperados por encontrar una pareja con la que conectar, porque nadie en su sano juicio querría acompañar a alguien a una boda un par de meses después de conocerlo, ¿no? Mucho menos a la de su expareja. Ni siquiera voy a cuestionarme lo extraño que es que sea precisamente Diego quien me ayude en mi búsqueda del acompañante perfecto.

Me tambaleo con el tacón mientras maldigo en voz baja y me digo que no. Por supuesto que no. Yo no lo haría y, por tanto, si llego a conocer a alguien que sí, eso solo puede ser una señal de que es mejor mantenerme lejos.

¿Cómo es posible que me haya dejado arrastrar a esta locura? ¿Por qué las relaciones son tan complicadas? ¿Por qué no se decreta una ley que prohíba casarse con otra cuando tu ex aún está recogiendo trozos de corazón roto? ¿Y si me doy media vuelta, regreso a la seguridad de mi casa y me enfrento de una vez a la triste realidad de que estar sin él no es un final, sino, quizá, un nuevo comienzo solo para mí? *El momento de Valentina*, como título provisional de esta nueva etapa. Si

fuera una película, la protagonizaría Zooey Deschanel y yo la vería.

¿Quién sería el elegido para el papel de Pablo?

Al instante, pienso en él, en sus ojos traviosos, en sus abrazos cálidos, en cómo hizo mi corazón añicos sin despeinarse una mañana de mayo, y siento tal congoja que mis pasos se vuelven más firmes sobre el azulejado dorado. Me fijo bien en sus cenefas. Sin duda, Esteban tiene estilo. ¿Cuánto habrá costado este suelo? Más que la caja de cerillas en la que vivo, eso seguro, que es bonita y cómoda, pero que jamás brillará como el suelo de este restaurante; mucho menos después de que él se llevara la mitad de los muebles y ahora parezca un decorado desangelado.

Me dejo guiar por el *maitre* hasta la mesa en la que ya me espera Esteban.

Apenas sé nada de él; Diego solo me ha contado que es médico y que tiene un hijo, un detalle que, a mis treinta años, no me importa. Además, si algo se me da bien, son los niños. Me paso el día entre ellos y me desenvuelvo mejor en su propio mundo que con los habitantes del mío. De hecho, sería maravilloso tener cinco años de nuevo y olvidarme de esta tortura.

«Ella es Valentina, tu madrastra.»

Arrugo la nariz, porque no suena especialmente bien. Luego me digo que no pasa nada, que ya nos inventaremos algo entre los tres que no resulte tan despectivo y sí cariñoso y único. Un mote que solo entendamos nosotros.

Según mi cabeza va a mil por hora e imagino los posibles e idílicos escenarios en los que Esteban, su retoño y yo nos convertimos en una familia feliz, el rostro que me espera en la mesa se alza y la imagen de las feli-

citaciones navideñas que íbamos a enviar con una foto de los tres felices y sonrientes se rompe. Casi noto los trocitos bajo el tacón de mis sandalias.

Empalidezco. Trago saliva. Me juro que Diego me las va a pagar, aunque sea lo último que haga en lo que me queda de vida.

Finalmente, sonrío.

Esteban se levanta y me da dos besos. Es alto, por lo que tengo que estirar el cuello y él se encoge un poquito. También es elegante. Lleva un traje caro con una corbata rosa de seda y un pañuelo a juego que sobresale en el bolsillo de su americana. Su sonrisa es bonita, de las que provocan un efecto calmante inmediato, un tanto paternalista. Sus ojos son azules, profundos y amables. Pienso que derrochan inteligencia, en ellos se intuye en seguida que su dueño ha vivido demasiado. Claro que no es de extrañar, ya que Esteban rondará, sin caer en la exageración, los setenta años.

Maldito Diego... Voy a asesinarlo.

—Buenas noches, Valentina.

—Hola, siento el retraso.

En realidad, no lo siento en absoluto, porque solo puedo pensar en que quiero salir de aquí, llegar a casa y matar a Diego metiendo su cabeza en el horno. «Diego a la pepitoria, una receta exclusiva de Valentina Mieses»; puedo ver mi careto sonriente en la cubierta de un futuro bestseller.

Supongo que la sensación de engaño pesa más que mi buena educación, pero es que no todos los días uno sale a cenar con intenciones deshonestas con un hombre que podría ser su abuelo. Porque, sí, incluso me había imaginado disfrutando de un primer beso que



me ayudase a borrar el recuerdo de quien me dio los últimos.

El *maître* se aleja y nos deja una intimidad que se me antoja de lo más incómoda. Esteban se acerca a mí y aparta mi silla, como un caballero de los de antes; yo pienso que, por sus arrugas, podría ser uno de los de Arturo y su mesa redonda. ¿Cruel? Puede, pero estoy descolocada. Me había imaginado muchos escenarios, aunque nunca uno en el que el pelo blanco de Esteban brillara bajo la lámpara de cristalitos que nos ilumina de una forma bastante romántica.

—Estoy encantado de conocerte, Diego me ha hablado maravillas de ti.

Aprieto los dientes e intento sonreír, agradecida por su comentario, pero solo veo a Diego y su ceja alzada riéndose de mí. No sé de qué va esto, pero no me gusta.

—¿De qué lo conoce?

Esteban sacude la cabeza. Debo asumir que es un hombre atractivo. Se da un aire a Kirk Douglas. Admito que muchas mujeres estarían encantadas de salir una noche con él, pero yo no soy una de ellas. Yo solo quiero una copa de vino y acabar de una vez por todas con esta situación tan humillante.

—Por favor, no me llames de usted. Me haces sentir mayor.

Ante el tono burlón de su respuesta, no puedo evitar reír. Porque es mayor. Creo que eso ya ha quedado claro. Lo cual no debería ser un impedimento teniendo en cuenta que siempre he sido de las que defienden que el amor no tiene edad, pero... no me fastidies. Esto es demasiado.

Me paso la lengua por los labios e intento encontrar las palabras que le expliquen sin ofenderlo que todo ha sido un error, aunque no me resulta fácil.

—Lo siento, es que no...

—No me esperabas a mí.

Me habría sentido mejor si el camarero me hubiera tirado un bol de sopa de pescado hirviendo por encima. No obstante, no quiero mentirle. ¿Qué sentido tiene? Por supuesto que no me esperaba a alguien como Esteban. Y, por mucho que defendamos que el amor no tiene reglas, no me siento preparada para tener un romance con un hombre que me recuerda demasiado a mi difunto abuelo Alfredo y a un actor que también está muerto.

Suspiro y arrugo la servilleta con forma de flor entre los dedos para serenarme. Al otro lado de la mesa, Esteban sonrío y ojea la carta de vinos. Me doy cuenta de que puedo oler su perfume. Es Varón Dandy, el de toda la vida. Intenso, penetrante, con toques de madera y cuero. Me pregunto si, como el abuelo Alfredo, Esteban también olerá en las distancias cortas a caramelos de regaliz.

No sé por qué, pero siento unas ganas locas de llorar.

El camarero se acerca y Esteban elige una botella por los dos. Me parece bien, porque yo, de vino, solo sé cómo beberlo. Asiento, complacida por su elección, y en este momento decido que voy a divertirme. Que estoy harta de sentirme mal, triste y un desastre. Que, quizá, esta noche no vaya a conocer al hombre de mi vida, pero que eso no significa que no podamos compartir una velada agradable. Al fin y al cabo, llevo un vestido precioso, unas sandalias de infarto que solo me pongo en ocasiones especiales y me he peinado con mimo. Además, me lo merezco. Sé que me lo merezco.

Sonríó a Esteban con ganas renovadas y él me responde con una pregunta:

—Aun así, Valentina, ¿te apetece cenar conmigo?

Observo el adorable aspecto de Esteban y asiento. Esto no significa que no vaya a asesinar a Diego en cuanto lo vea, pero su muerte no es incompatible con que hoy pueda pasármelo bien con mi inesperado acompañante.

La carta está repleta de nombres enrevesados y da vértigo por sus precios, pero Esteban insiste tanto en que no me preocupe por ello que me lanzo y pido un plato que suena a que alguien te toca el violín al oído mientras lo comes tumbada sobre un lecho de flores frescas, aunque al final solo son berenjenas al horno con verduras confitadas. Está delicioso.

Nos conocemos un poco. Es verdad que Esteban es médico, aunque está jubilado, y que tiene un hijo, David. De hecho, David tiene tres años más que yo y, lamentablemente, no está soltero. Pienso que habría sido una anécdota bonita para contar en nuestra fiesta de compromiso.

—*¿Que cómo nos conocimos David y yo? Pues, veréis, yo tuve primero una cita con su padre...*

Sin duda, sería original como pocas.

Esteban me habla de su mujer, que murió hace ya diez años, y de cómo se reiría si lo viera cenando con una señorita tan bonita pero más joven que su hijo. Yo no dejo de sonreír. También me confiesa que conoce a Diego porque es su vecino y a veces lo ayuda a subir la compra y comparten una botella de vino.

—Es un chico estupendo.

—Ya. Sí. Estupendo —digo con desdén, porque, pese a que puede resultar adorable que Diego ayude a

su vecino septuagenario con las tareas del día a día, la palabra *vendetta* brilla en mi cabeza con luces de neón.

—¿Y tú? ¿Cómo lo conociste?

Pienso en Diego y de pronto soy consciente de que lo que hasta entonces me había parecido una historia bonita también se ha visto ensuciada por la situación. No deseo hacerlo, pero, casi sin querer, acabo contándole a Esteban mi vida. Porque, me guste o no, Diego y Pablo siempre aparecen juntos en ella, unidos de principio a fin en cada uno de los momentos que he compartido con ambos. Los conocí a la vez, y salir con Pablo supuso ver a Diego a menudo de forma innegociable. Un *pack* indivisible que acepté de buen grado. Así que aquel chico impulsivo y de aspecto un tanto salvaje acabó colándose en mi vida sin darme cuenta y se convirtió en parte indiscutible de ella. Y luego Pablo me dejó. Pero Diego no. Nuestra ruptura no afectó nuestra amistad, y eso es algo por lo que siempre le estaré agradecida.

Quizá, cuando lo perdone por esto, debería decírselo. Nunca está de más dar las gracias a aquellos que nos importan.

Mi relato acaba con una invitación de boda y la sensación de humillación total que siempre la acompaña.

Esteban mastica despacio mientras reflexiona sobre todo lo que acabo de contarle. Quizá esté buscando la manera de decirme que soy idiota de un modo que no duela. Es un buen hombre y ahora quiero que me abrace.

—¿Qué importancia tiene que vayas acompañada o no?

Me ruborizo y me tapo la cara con las manos. Después me descubro y abro mi corazón del todo; lo escu-

po sobre esta mesa, al lado de un trozo de pan mordisqueado; lo dejo expuesto para que Esteban le diga que tiene lo que se merece o que lo acaricie con mimo. Cruzo en mi cabeza los dedos para que sea lo segundo.

—No puedo ir sola, Esteban. Me moriría de vergüenza, de pena, de dolor... Sé que es difícil de entender, pero el orgullo funciona así, no puedo permitirme que alguien me mire con lástima cuando él llegue al altar y se emocione frente a otra mujer que no soy yo. No podría soportarlo sin romperme del todo.

Me limpio una lágrima de la mejilla. La mano de Esteban busca la mía sobre el mantel y la agarro con fuerza para dejar de sentir que me caigo dentro de un pozo. Esto es lo que siento cada vez que todo es demasiado intenso. El agujero de mi pecho se expande y no queda espacio para nada más.

—No quiero ser yo quien te diga esto, pero puede suceder lo mismo si acudes con una pareja.

Sonrío con pena.

—Lo sé, pero agarrada al brazo de un hombre guapo me sentiré menos mal. No trates de entenderlo. Además, no soportaría que me pusieran en la mesa de los solteros: el primo Miguel siempre intenta meterme mano. Por otra parte...

Me muerdo el labio y siento tal vergüenza por mí misma que me arrepiento al momento de haberme abierto así ante Esteban.

—¿Qué?

Chasqueo la lengua, me termino la copa de vino y confieso. Al fin y al cabo, no quiero casarme con este hombre, puedo mostrarle todas mis miserias sin miedo a que eche a correr.

—Ya les he confirmado que iba acompañada. «Por

mi nuevo, atractivo, inteligente y divertido novio. Y él sí sabe combinar las camisas con las corbatas, Pablo, así que ten cuidado no vaya más guapo a tu boda que tú.» Esas fueron mis palabras. Después le golpeé el brazo con demasiada fuerza y me eché a reír como una histérica. Lo sé. Soy idiota.

La única verdad que hay en ese discurso es que Pablo es pésimo combinando las camisas con las corbatas; es un aficionado a los estampados originales y un tanto estúpidos. ¿Una corbata de osos panda? La tiene. ¿Pulpos? Se la regalé una Navidad. ¿Ninjas? Es una de sus favoritas.

Ahora que lo pienso, sus extraños estilismos no los echo de menos. Sonrío y lo apunto en mi lista de cosas que nunca entendí de Pablo y que ahora que se las ha llevado consigo me provocan una felicidad inesperada.

Esteban sigue riéndose de mí. Supongo que no es para menos. Cuando lo hace, sus ojillos arrugados se cierran y yo pienso en pasas. Siento unas constantes ganas de abrazarlo, de sentarme en su regazo y de contarle mis penas. Claro que no lo hago, sería de lo más humillante para ambos, pero no puedo evitar que ese impulso exista. Me sucede con las personas mayores de forma casi instintiva.

—Puedes decir que lo habéis dejado.

—¿Y tener que soportar las miradas de lástima por sufrir una nueva ruptura en un año?

Eso me parece aún peor que la idea de anunciar que me inventé lo del novio. O casi. Dios..., soy patética.

—¿Un año? —me pregunta Esteban sin ocultar su asombro.

Frunzo el ceño, porque me sigue doliendo. Así había sucedido. Habíamos sido felices durante tres increí-

bles años. Sin embargo, de repente, un día Pablo se había levantado triste. Decía que sentía que algo en su vida no iba bien. De ahí a confesar que ya no me quería como yo merecía solo habían transcurrido minutos. Dos días después, había hecho sus maletas y se había marchado del piso compartido. Un mes más tarde, en un viaje improvisado a Tailandia para encontrarse a sí mismo, conoció a Adela, una joven también española que trabajaba como profesora de yoga en el hotel en el que se alojaba. Otro mes más tarde, ella regresaba a España, se mudaba con él, su relación se convertía en una realidad y a los seis meses anunciaban a sus seres queridos que se casaban. Y entre esos seres queridos me hallaba yo.

—Y entre esos seres queridos estás tú —dice Esteban, leyéndome la mente.

Asiento con una mueca. Nunca habría creído que sentirme amada pudiera resultar tan agri dulce.

Pese a lo que muchos piensan, nunca he odiado a Pablo por haberme roto el corazón y puesto mi vida patas arriba mientras él reorganizaba la suya en un tiempo récord. Ni un solo segundo. ¿Me había enfadado? Sí, incluso le había echado en cara ciertas cosas de las que ahora me arrepiento. ¿Que aún me cuesta creer que hubiera abierto los ojos de un día para otro para descubrir que no era feliz conmigo? También, principalmente porque sigo sin comprender muy bien qué parte de culpa me corresponde en ese final. Pero, por encima de todo, yo todavía lo quiero porque es una persona importante para mí. Dudo mucho que algún día deje de serlo.

Así que, aquel día en que la realidad se me vino encima como un jarro de agua fría, lo vi tan triste y perdido que acepté la derrota con una sonrisa.

No se puede obligar a nadie a amar a otra persona. Las relaciones se acaban, los corazones se alejan y los sueños rara vez se cumplen. La teoría me la sé bien; quizá por eso me he esforzado tanto por mantener la amistad casi como si nada hubiera sucedido entre nosotros.

Sin embargo, sí que ocurrió algo, ese es el problema, o lo es al menos para mí. Y, ¿sabes qué?, he visto en la tele tantos programas en los que se dedican a buscar el vestido de novia perfecto que sé que ver a Adela caminando hacia el altar para reunirse con Pablo va a ser el equivalente a que una lanza afilada me atravesara el pecho. ¿Elegiré un escote cuadrado? ¿Tal vez un corte sirena? ¿Llevaré velo? Sé que no me hacen bien, pero ese tipo de pensamientos me asaltan constantemente; puede que sean dudas superficiales, pero créeme cuando digo que encierran un gran dolor.

—¿Y ellos no han pensado en lo incómodo que puede ser para ti?

La pregunta de Esteban me recuerda a Brenda. Ella no lo ve igual y defiende a menudo que debería romper la invitación en pedazos y pasarme el día de la boda borracha y haciendo *topless* en una playa paradisíaca. Pero por mucho que Pablo haya dejado un vacío en mi vida..., yo no soy capaz de hacer lo mismo en la suya. Supongo que, cuando sabes lo que duele, no deseas despertar ese daño en alguien que te importa.

Pestaño y aparto esas ideas como puedo antes de confesarle a Esteban otro de mis errores.

—Digamos que siempre me he mostrado... demasiado complaciente con la situación. Cuando Pablo regresó de su viaje estaba tan feliz que no quise que diera pasos atrás. Me importaba que estuviera bien y que no



se sintiera culpable por algo que escapaba a nuestro control.

—Eso es lo que pasa con la gente que se quiere —aporta Esteban sabiamente.

—Él insistió mucho en saber cómo me encontraba yo, pero fingí haberme dado cuenta en su ausencia de que era lo mejor para los dos. Fingí tan bien que nadie creyó que lo hubiera echado de menos, pese a que estuve días llorando encerrada en casa. Solo Diego sabe lo mal que lo pasé. Así que cuando Pablo me dijo que había conocido a alguien, me mostré emocionada por él, lo abracé e insistí en conocerla pronto.

Me recuerdo dando saltitos histriónicos de alegría a su alrededor mientras sentía que me moría por dentro y me entran ganas de abofetearme. Pese a ello, tras la ruptura aprendí rápido que la sinceridad no siempre es la elección correcta, así que me convertí en una experta en simular que todo iba de maravilla, aunque yo no lo estuviera en absoluto.

—Valentina, Valentina... —La mano de Esteban palmea la mía con afecto y no puedo contener un puchero infantil—. ¿Puedo darte un consejo? Uno de viejo. —Sonrío y asiento—. No dejes que tu buen corazón se convierta en un saco de boxeo para los demás.

Trago saliva y aparto la mirada. No quiero llorar, aunque siento de nuevo el peso de las lágrimas. No sé si alguna vez habrás estado tan triste, pero la tristeza carga tanto que, a veces, necesita escapar del modo que le permitas.

Entiendo lo que Esteban dice, de verdad que sí. Una cosa es proteger a Pablo para que sea feliz ocultándole mis sentimientos y aliviándolo de toda culpabilidad y otra, dejar de protegerme.

Cojo aire, meto la cuchara en el delicioso postre que acaban de colocar entre los dos y gimo de placer cuando el cacao se mezcla con la fresa en mi boca. Esteban me imita y, por un momento, siento que todo está bien y que la felicidad a veces se condensa en un trozo de tarta.

—¿Por qué aceptaste tú la cita? —le pregunto para cambiar de tema.

No quiero recrearme más tiempo en el dolor. Pablo ya ha trastocado mi vida bastante y no estoy dispuesta a permitirle que también estropee la primera cita que tengo con alguien desde nuestra ruptura, por mucho que mi acompañante me saque más de cuarenta años.

—¿Por qué iba a decir que no a una cita con una joven preciosa? —Le guiño un ojo y él sonrío con complicidad—. Tengo setenta y dos años, pero aún no estoy muerto. ¿Tú sabes cuánto hace que no salía con una mujer? Menos aún con una que tiene las caderas intactas.

Alza las cejas con picardía y me río a carcajadas. Tampoco puedo ignorar la punzada de pena que siento por Esteban, su mujer y su amor perdido. Me doy cuenta de que Pablo está más vivo que nunca, pero que yo, en cambio, sí que tengo que superar un duelo. Porque las relaciones rotas también hay que llorarlas y superarlas. El vacío puede tener diferentes formas.

Cuando las risas cesan, le sonrío con todo el cariño del mundo. ¿Se puede apreciar tanto a una persona con apenas una cena? Si miro a Esteban y sus ojillos de pasa, pienso que sí.

—Sabes que mis caderas van a seguir intactas esta noche, ¿verdad? Espero que no te hayas hecho ilusiones.

La broma nos provoca lágrimas por las risas que acabamos secándonos con los dedos. El sexo es un tema que siempre me incomoda, pero con Esteban es distinto. Con él siento la seguridad de quien se encuentra en familia.

—Acabas de romperme el corazón, aunque te equivocas.

—¿A qué te refieres?

—Aún hay mucha noche para moverlas un poco. ¿Te apetece?

No conozco el local, pero en seguida me prometo que tengo que volver con Brenda. Sé que le encantaría por los cócteles de mil colores que se anuncian en los tablores, la música latina y el ambiente cálido y amable. Siento que acompaño a una estrella del rock —o, en su defecto, a una estrella de la salsa, la cumbia o algún tipo de baile por el estilo—, cuando veo que Esteban saluda a todo el mundo con camaradería. En su parte central hay una gran pista donde algunas parejas se dejan llevar. El entorno es acogedor, divertido, y se respira una complicidad pura de la que me enamoro en el acto.

No bailo muy bien. No es que no sepa seguir el ritmo, solo que me cuesta soltarme. Sin embargo, esta noche nada importa, porque Esteban es todo un experto y me guía con una confianza contagiosa. Giro en sus brazos y me río tanto que apenas puedo respirar. Echo la cabeza hacia atrás mientras él me lleva como si voláramos y me doy cuenta de que lo necesitaba. Necesitaba salir, soltar lastre, reírme y coger aire que no estuviera viciado por él. Por nosotros. Por un pasado que no volverá.

Cuando ya me duelen los pies, regresamos caminando hasta mi piso. Esteban insiste en acompañarme y acepto, porque no quiero que la noche se acabe. Si lo hace, llegará un nuevo día y no creo que sea mejor que el que he vivido hoy.

—¿Me llamarás?

Llegamos a la puerta y nos sonreímos. Si esta hubiera sido la cita perfecta que sobrevolaba horas antes mi cabeza, le contestaría que sí y después me daría un suave beso en los labios. Se me encogerían los dedos de los pies, las tripas y el corazón. Entonces sabría que es él y tendría sentido un segundo encuentro.

No obstante, todo ha transcurrido de forma muy diferente, aunque eso no evita que haya sido memorable.

—Claro que sí. Podríamos ir a patinar.

—¿Patinar?

—Sí, sobre hielo. Tú me has enseñado a bailar, yo te enseñaré a hacerlo sobre el agua.

Pienso que ha sido una noche perfecta cuando Esteban sonrío y veo en sus ojos que piensa lo mismo. Nos despedimos con la promesa de hablar pronto y con un abrazo sincero que me ayuda a respirar mejor.